

## Azares de la vecindad.

La calle Visconti no es una calle.  
Este nombre es demasiado ampuloso para ella.

Es una callejuela.

Solo que tiene sus cuarteles de nobleza, como una viuda del arrabal de San German.

Es vieja.

Su antigüedad está inscrita sobre las argamatas de su construcción que llevan el sello de los últimos años del reinado de los Valois.

El número 19 particularmente, debe ser más antiguo que sus vecinos y representa con bastante exactitud, á pesar de algunas degradaciones debidas á los albañiles que la han reparado, la casa de un rico burgués de los tiempos de Francisco I.

La puerta cochera, de madera de encina maciza, con clavos con facetas como los diamantes, va á dar á un pórtico abovedado á la derecha de la casilla del portero, que es una casilla de construcción moderna, que parece una cabaña. Hay una ancha escalera de piedra con barandilla curiosamente trabajada, que dá ac-

ceso á los tres pisos de la casa y por un largo pasillo se va á parar á un pabellon que da sobre el jardin.

La noche del viaje de Compiègne á Paris las dos desheredadas de Montiers acababan su instalación en las habitaciones más elevadas de aquel pabellon.

Aquella era la vivienda de que les habia hablado Venotte.

El antiguo policía vivia en el número 17, la casa de al lado, y desde sus ventanas, situadas en el mismo piso que las de las pobres jóvenes, podia estar al corriente de lo que pasara en casa de ellas.

Por el momento ellas estaban completamente esperanzadas.

Habian seguido sus consejos.

El coche de alquiler despues de haberlas dejado en la puerta de la casa, en donde en dos palabras habia quedado convenido el asunto de la habitacion en cien escudos por año, las habia trasportado á los almacenes del boulevard de San German, en donde acompañados por Venotte, se habian procurado lo estrictamente necesario en cuestion de muebles.

Despues habian vuelto á la estacion del Norte, donde habian recogido sus equipajes, más importantes para ellas que su mobiliario.

Estaban, pues, en su casa, solas, muy solas, pero libres en aquel inmenso Paris que apenas conocian.

Sentian ese bienestar que se siente cuando uno está en su casa aun cuando sea muy pobre, pero en donde al menos se respira con libertad, sin deber nada á nadie, en medio de objetos familiares, mezclados á nuestra existencia, y que por decirlo así forman parte integrante de ella.

Y los proyectos seguian su curso.

Las dos jóvenes ajustaron sus cuentas.

Apenas les quedaban quinientos francos.

Acababan de gastar en cifras exactas noventa y dos francos.

Dos camas de hierro iguales, bastante buenas, una mesa, un gran tocador, el lujo de aquella habitacion de estudiante, tres sillas, una porcion de objetos menudos indispensables y el gran gasto superfluo, unos cincuenta metros de cretona *Pompadour* para hacer cortinas.

Esto era todo.

Además poseían un *trousseau* de princesas.

Los baules estaban llenos de ropa blanca, vestidos, peinadores y todo lo que es necesario para la *toilette* de una elegante.

En fin, detalle interesante: en aquella vieja casa de la calle Visconti, las dos habitaciones que componían su vivienda, estaban provistas de molduras por todos lados, tenían altos techos y daban sobre un espacioso jardín, muy cuidado, por dos anchas ventanas guarnecidas de rejas de hierro, que sobresalían en forma de canastilla.

Del otro lado de la pared que cercaba el jardín, á unos cincuenta metros de distancia, el pabellon de la calle de Jacob, ocupado por Andrés de Fresnaye, daba frente al de las dos hermanas.

Venotte había calculado bien.

A las ocho, Juana y Colette lo tenían todo arreglado.

Los dos lechos estaban colocados el uno al lado del otro, en la alcoba de una sala artesonada de arriba á abajo. Con las sillas, una alfombra de quince francos al pié de las camas, la mesa y el tocador, ya estaba todo aquello habitable.

—Cuando esten puestas las cortinas—decía Colette,—y florezcan las lilas en el jardín, no estaremos muy mal.

La otra habitacion no contenía más que baules vacíos.

Se respiraba allí un fuerte olor á farmacia.

—¡Si comiésemos!—dijo la morena.

—¿Tienes hambre?—preguntó Juana.

—¿Y tú?

—Yo no. Y además, ¿á dónde ir?

El día desaparecía con rapidez.

—¿A dónde ir?—repitió Colette.

Esto era un problema.

—¡Dos jóvenes solas!—objetó la rubia.

—Sin embargo, es preciso decidirse—repuso Colette.

Atrajo á su hermana á sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—Animo—la dijo.—Tú tenías más que yo en Montiers. ¡Es preciso que yo te lo dé ahora!

—En Montiers nuestra situacion era equívoca; era preciso salir de ella. Tenía prisa por salir de allí. Parecíamos á dos mendigas desde la muerte de aquella pobre señora Chambly.

—Pues bien—dijo alegremente,—aquí la situacion es clara. Somos dos jóvenes condenadas á ganarnos la vida, esta es la palabra... ¿no es verdad?, y no debemos dejarnos morir de inanicion.

Y tiernamente añadió:

—Ven, Juanita mía. ¿No seremos dos para ayudarnos, y en caso de necesidad, para defendernos?

—¡Ah!... ¡Qué buena eres!

—No, yo no soy buena, por el contrario...

Siento que aborrezco á casi todo el mundo.

—¿Viste con qué alegría se deshizo de nosotros Salvador?... ¡Y aquellos criados... qué compasion tan irónica!... ¡Oh! aquella Justina, ¡qué placer en devolver mal por mal!... ¡No, no soy buena, y si cayesen entre mis manos!... Pero te quiero. Y ¡quién no te querrá! ¡No nos separaremos jamás?... ¿Dí?

La rubia repitió:

—No, jamás.

En aquel momento llamaron á la puerta.

—¡Adelante!—dijo Colette.

Era el portero.

Este portero merece dos líneas de descripcion.

Era alto, viejo, calvo y delgado.

Antiguo jardinero del propietario de una villa en los alrededores de Paris, estaba retirada

do en la casa de la calle Visconti, cuyo *partee* cuidaba con extrema atencion.

Se llamaba Gombault y vivia solo.

Su mujer habia muerto algunos años antes. Gombault no tenia menos de setenta años y pasaba su existencia podando árboles, *trasquilando* céspedes, como él decia, y cuidando plantas en una estufa situada en el fondo del jardín. Su biombo no le servia para mucho más que para dormir.

—Os han traído utensilios de casa y os los subo.

Examinó la habitacion con curiosidad.

—¡Eh! ¡eh! esto no es un palacio, ni mucho menos—dijo;—pero se puede vivir aqui. ¡Y en pleno sol! ¡Vereis qué alegre es!

Sonrió con aire paternal. Los vecinos le llamaban el abuelo Gombault. Tenia en verdad una excelente cara de viejo.

—Si teneis necesidad de algo—las dijo mientras que Colette colocaba bujías en los candeleros y ponía en orden algunos objetos colocados sobre la mesa, no os abstengais de llamarme. Estoy á vuestra disposicion.

—Podeis prestarnos un servicio, señor Gombault...—dijo Juana.

—Decidme abuelo Gombault como todo el mundo...

—Pero...

—Me gustará.

—Pues bien, abuelo Gombault; ¿dónde podríamos comer?

—¿En dónde? En el barrio. El señor Aubry, un estudiante de medicina que acaba de marchar á su país, porque ha concluido la carrera, ocupaba esta habitacion, que huele aun á drogas, y comia en el boulevard de San German... Esperad... muy cerca de aqui, al extremo de la calle del Sena, en casa de Follet. ¡Ya vereis! Aquello es muy tranquilo. A estas horas no encontrareis allí á nadie. Y además no os comerán.

Colette se ponía ya su sombrero.

Juana dudaba aún.

Pero el portero la decidió.

—Es preciso razonar—la dijo:—en París es uno libre. Se causa el mal si se quiere, y el bien si se quiere tambien. ¡Libertad! ¡Libertad! Cada uno por sí.

Y concluyó con tono de verdadero abuelo:

—No temais nada, hijas. Dejadme aqui. Con el plumero limpiaré esto y lo acabaré de arreglar.

Y cuando estuvo solo examinó detenidamente toda la habitacion.

—Han tenido desgracia, esto es seguro,—pensaba para sí.—Ese veleta de Venotte me ha dejado entender lo suficiente. ¡Vienen de una casa rica y no tienen un céntimo! ¡Pobrecitas! y son jóvenes, frescas como rosas primaverales, como violetas! ¡Lechos de pensionistas! ¡Y *toilette* de condesas! ¡Qué contraste!

Abrió los armarios, estaban llenos de ropa blanca, fina, y que olía muy bien.

—Es gracioso todo en la vida,—repuso el portero,—hoy en lo alto de la escalera y mañana... ¡zas! Para un hombre es duro, pero para criaturas como estas pequeñas, es peor. ¿Qué van á hacer? ¿Qué oficio hay para ellas? ¿Y aunque lo haya las dejarán tranquilas? Lo más fácil es que... ¡Hay mucho canalla!

Refunfuñó y encogiéndose de hombros con filosofia:

—¿Qué puede uno hacer en esto?—dijo.

Se puso á la ventana y examinó la casa de enfrente.

—¡Ya no veo al amigo del señor Aubry,—pensaba,—aquel que se llamaba Andrés, el vecino del tercero de allí enfrente! Sus ventanas están cerradas desde hace algun tiempo. Puede ser que sea interno como lo era el otro. ¡Es lástima! Ahora tendria un *vis-á-vis* que vale la pena. Si yo estuviera en su local, por la mañana estaria de planton muy de madrugada. Será una bonita salida de sol este verano, cuando ellas estén arreglándose. ¡Y pensar que se deslizarán,

como tantas otras, por esas calles de Dios en donde tantos atractivos inducen á la perdición!

Un campanillazo interrumpió sus reflexiones.

Salió despacio, sin limpiar, á pesar de su promesa; pero despues de haberse informado de lo que queria saber.

—¡Es una desgracia—decia bajando la escalera,—v una desgracia grande, de seguro, lo que las ha ocurrido!

Y repetia meneando la cabeza:

—¡Pobres ángeles, pobres jovencitas! ¡por vida del...

Juana y Colette, marchaban cogidas del brazo, muy hermosas con sus trajes negros y sus sombreros de gasa.

Los que pasaban se detenian para mirarlas.

Dos estudiantes que se cruzaron con ellas en la esquina de la calle Buci, dijeron en voz alta:

—¡Vaya un par de muchachas hermosas!...

Y un pilluelo descolorido, de voz chillona, exclamó:

—¡Ohé, las hermosas!...

Ellas apresuraron el paso y preguntaron á un guardia:

—El boulevard San German, ¿nos haceis el favor de decir?

—Seguid de frente.

Cuando llegaron al cruce de la calle del Sena, no las costó trabajo el encontrar el restaurant que el conserje las habia indicado.

Dos grandes faroles de gas alumbraban la entrada, en la cual se leia en letras de oro: *Restaurant Follet*.

El establecimiento tenia buen aspecto.

Por entre los adornos de los cristales esmerilados, se veia el interior profusamente iluminado.

Un mozo estaba en un rincon cerca de la puerta, abriendo las últimas ostras de la estacion.

Juana, más tímida y más orgullosa también, dudaba si entrar.

Era para ella el primer paso de una vida á la

cual, en su delicada naturaleza, la costaba trabajo acostumbrarse.

Estaba en la actitud de una mujer que al ir paseando se detiene y recoge sus vestidos ante un hoyo lleno de lodo, que es preciso atravesar.

Pero Colette la hizo entrar.

El abuelo Gombault se habia equivocado.

Aunque eran lo menos las ocho y media, el restaurant estaba muy animado aun.

Casi todas las mesas de la planta baja estaban ocupaban.

A excepcion de una ó dos mujeres, en traje llamativo, acompañadas de unos jóvenes, no habia allí más que hombres.

La entrada de Juana y de Colette produjo efecto.

Todas las cabezas se volvieron hacia ellas.

Deslumbradas por la viva luz, quedaron un segundo cortadas, lo cual permitió á la gente que allí habia examinarlas á su gusto.

Se hubiera podido oír correr entre los asistentes un murmullo lisongero. Colette vió una mesa desocupada y se adelantó para tomarla.

Los mozos acudieron presurosos.

La actitud, el aspecto y la fisonomía de las dos parroquianas, imponia cierto respeto.

Cuando hubieron elegido la sopa, el vino y el lenguado frito, de rigor entre los consumidores novicios, extraviados en un restaurant desconocido, tuvieron tiempo de examinar á su vez el sitio y sus habitantes.

El restaurant Follet es una de esas casas que ocupan con razon un término medio entre las cocinas á bajo precio y los restaurants de las gentes elegantes.

Las salas están convenientemente decoradas; el servicio es suficiente; el público que lo frecuenta se compone de estudiantes acomodados que pertenecen á buenas familias de provincias; de sabios, de artistas y de profesores solteros.

Despues de haber examinado el conjunto, Juana y Colette pasaron á examinar el detalle.

A su lado dos jóvenes hablaban de medicina.

El de más edad, que no tendría más que dos ó tres años más que el otro, habla de adquisiciones de instrumentos de cirugía, que venia á hacer á Paris, y que parecian ser el pretexto de su viaje.

—¿Estás bien en Tours?—le preguntaba el más joven.

—Muy bien.

—¿Y la clientela?

—En dos meses comprenderás que no puedo tener la pretension de haberla encontrado; pero conservo la de mi tío. ¡No deserta! Y esto ya es mucho. ¿Y tú, estás bien en Cochín?

—Perfectamente. Muy contento de haber encontrado allí.

—¿Adónde irás despues?

—Eso es un problema.

—¡Mi querido Andrés—repuso el otro—quisiera tenerte cerca de mí. Qué buenas *soirées* pasaríamos. ¿Por qué no vienes allí? ¡Seríamos compañeros, rivales y buenos amigos!

—¡Tú eres rico, mientras que yo... necesito ganar lo necesario para vivir! ¡No hay otro medio!

—¿Y una boda, señor baron?—dijo en tono de broma el doctor Turenés.

Aquel á quien el doctor llamaba señor baron, era un hermoso joven, moreno, á quien conocemos.

Se puso á hablar en voz baja con su amigo, y más de una vez sus ojos se volvieron hácia sus vecinas como si una fuerza secreta los hubiera llevado hácia ellas.

Las dos hermanas comian tranquilamente ahora, experimentando cierta alegría al verse rodeadas de una atmósfera de benevolencia, respetadas, por decirlo así, de aquella reunion de gente trabajadora que comiendo ó leyendo periódicos ó libros, no perdian un minuto, y cuyo silencio no era turbado más que por las manifestaciones de alegría que partian del otro extremo de la sala y á los cuales nadie prestaba atencion.

Al poco rato pidieron la cuenta y salieron ya más tranquilas y ménos intimidadas.

Apenas habian andado cien pasos, cuando sintieron que las seguian.

Colette se volvió.

—¡Oh, querida!—dijo—¡nuestros vecinos de mesa!

Acababa de reconocerlos á la luz de un farol que les daba de lleno en el rostro.

Eran, en efecto, el doctor Aubry y su compañero Andrés de Fresnaye, quienes iban, algunos pasos detrás de las dos hermanas.

Pedro Aubry era un Turenés, nacido en esa fortuna media que promete una vida tranquila á los que siguen el camino recto.

Sus padres, vinicultores acomodados, cultivaban entonces una finca á las orillas del Loire, en el estimado territorio de Rochecorbon y de Santa Rodegunda.

Aquella finca era de su propiedad.

Su tío, uno de los médicos de más fama de Tours, soltero y viejo, ligeramente epicureo, se retiraba para cederle su clientela.

No hacia más que dos meses que Pedro Aubry habia abandonado á Paris.

Grave, sin afectacion, trabajador, instruido, de manos muy hábiles, á las que la vida de los hospitales habia dado la delicadeza de manos de mujer, interlecutor amable, reunia las cualidades que hacen agradables á los doctores y que les granjean las simpatias de las familias.

Tenia, por último, una gran ventaja, preciosa en los médicos, quienes no deben inspirar desconfianzas á los padres ni á los maridos.

No rivalizaba con el Apolo de Belveder. Era de mediana estatura, robusto, con espaldas cuadradas, representaba mejor la raza de los vinicultores, de quienes provenia, que la de los hidalgos del hermoso pais de la Turena.

No le gustaba la elegancia.

No habia conservado de sus tiempos de estudiante más que un amigo íntimo, este era Andrés de Fresnaye, dos años más joven que él,

pero aquella amistad, nacida de la casualidad y de las conversaciones del restaurant, no debía ser desmentida.

Se querian como buenos amigos.

—Ahora—dijo Andrés—tienes que pensar en casarte.

Aubry hizo un gesto de profunda indiferencia.

—A fé mia—contestó—que tal vez me ocurra esa idea, pero hasta ahora...

—¿No has pensado en ello?

—¡No, en verdad! ¡No he tenido tiempo! ¡Ya ves, querido, lo principal es estar ocupado! ¿Por qué infinidad de ociosos hijos de familia cometen tantas tonterías? Porque están desocupados. ¡Que les den enfermos que curar, copias que hacer, ó una quinta que cultivar y les habrán salvado! En mi casa no tengo un minuto mio. Ahora me instalo. Mi tío me ha cedido un pabellon de su hotel. El pobre señor no sabe qué hacer por mí. ¡Qué bueno es! Me presenta á sus clientes, á medida que van teniendo necesidad de él. Les dice que él ya está cansado. Y añade al presentarme: Esta es la nueva escuela, es el progreso. ¡Vendrá conmigo, aunque es imponente ver en una casa dos médicos! ¡Mi pabellon me encanta! Es alto, grande, amplio! No se vé allí uno ahogado por las paredes. Se respira con libertad. Se llama el hotel de las Torrecillas. Mi tío pagó por él cincuenta mil francos y lo ha restaurado convenientemente. Tiene un jardín con dos olmos y tres castaños. Ya lo ves desde aquí, por esta descripción.

—¡Pero sin mujer!

—¡Pechs!—dijo Pedro Aubry—veremos, pero yo quiero mi tipo, ó nada.

—Tu tipo lo conozco... Alta, esbelta, redondeadas ciertas partes del cuerpo, morena...

—Yo soy pálido como un ruso...

—Con buenos ojos, buenos cabellos, buenos dientes, en fin, todo bueno.

—¡Justo!

—¡Sobre todo salud!

—¿No tengo razon? ¡Oh! ¡las mujeres enfermas, delicadas, debiles... las señoritas caprichosas, nerviosas ó histéricas, son un horror! ¡Y el matrimonio con ellas un purgatorio.

Andrés habló al oído á su amigo.

Hay cosas que no se dicen en alta voz, ni aun en las soledades de los bosques más sombríos.

—Dí—añadió Andrés indicando con el dedo la ondulosa falda de las dos jóvenes, pero muy particularmente la de la morena.

—¿Qué?

—Me parece que ahí tienes tu tipo, tu ideal, bien pronto encontrado.

—Puede ser; ¿pero crees tú que ha de ser en el restaurant Follet, ó en una acera, de donde lo he de recoger?

—¿Por qué no? ¿Quiénes crees tú que sean?

—¿Quiénes?

—Esas dos señoritas.

—No lo sé.

—Son bastante hermosas.

—Convengo en ello.

—Y distinguidas.

—La rubia sobre todo.

—Una cara de angel.

—¡Oh!—dijo riendo Pedro Aubry—un angel con el cual se pasaria uno bien sin las hijas de Eva. ¡Pero como aprietan el paso! ¡Qué deprisa van, Dios mio!

En efecto, Juana y Colette, admiradas de oír detrás de ellas los pasos de los dos jóvenes, cuyas ahogadas risas y cuyo murmullo llegaba hasta ellas, se apresuraban por llegar á su casa.

Pero casualidad ó premeditacion, los dos compañeros iban siempre muy cerca de ellas, atraídos sin duda por esa fuerza desconocida que arrastra al paseante ocioso tras las huellas de una mujer hermosa.

La calle del Sena no era buena, no estaba bien alumbrada; pero la calle Vizconti era peor estaba casi en tinieblas.

La velocidad de las dos jóvenes se hizo casi vertiginosa.

Solo el respeto humano las impedia correr.

No era que tuviesen miedo á sus vecinos quienes hablaban y reían entre sí pacíficamente, sino que las daba vergüenza que pudiesen creer que ellas coqueteaban y se complacian en aquella persecucion.

Fué un verdadero consuelo para ellas llamar á la puerta, que afortunadamente se abrió en seguida, y precipitarse en el biombo del abuelo Gombault.

Los dos jóvenes entraron al mismo tiempo.

Hubo un momento de irresolucion.

Hasta puede decirse que la sorpresa fué igual por ámbas partes.

Pedro Aubry no conocia á aquellas inquilinas, que en aquel momento buscaban su palmatoria, una palmatoria nueva, de cobre, de anchos bordes, que podria valer unos veinticinco sueldos, y no se parecia más que de lejos á las palmatorias de plata sobredorada del castillo de Montiers.

Por fin el portero se la entregó.

Hubo un cambio de ceremonias.

—¡Caballeros!...

—¡Señoritas!...

Se inclinaron de una y otra parte, con algun rubor sobre la frente de las jóvenes y un brillo desacostumbrado en los ojos de los médicos.

Despues ellas se dirigieron á la escalera de piedra con profunda satisfaccion.

El interno y Pedro Aubry quedaron en posesion del biombo, en donde se sentaron sin ceremonia.

—¡Ah! sois vos, señor Aubry—le dijo el portero,—me alegro veros.

—No podria venir á París sin haceros una visita, abuelo Gombault.

El buen hombre guiñó un ojo.

—Puede ser que no sea yo solo quien os trae por aquí—replicó.—Aunque me lo jurarais, me costaria trabajo el creerlo.

—Pues no tendrias razon, ¡pardiez!

—¡Buenos pimpollos esos á quienes acompañabais! ¿Qué es lo que las habeis dicho, que estaban tan sofocadas?

—Ni una palabra.

—¿De verdad?

—De verdad. Además venian tan deprisa, que no hubiéramos podido alcanzarlas aun cuando hubiéramos querido. ¿Son inquilinas vuestras?

—Os han reemplazado. No hace mucho. Alquilieron la habitacion á las cuatro, y á las ocho estaba ya amueblada.

—Es curioso eso—dijo el médico;—pero no las tendreis tanto tiempo como á mi, abuelo Gombault.

—Puede ser—añadió el portero.—Vos habeis vivido arriba seis años y tres meses, señor Aubry.

—Me gustaba esto. Pasaba buenos ratos en mi habitacion.

—¿Y en Tours? ¿Os va bien por allí?

—No me va mal.

—Habeis nacido de pie. Al llegar habeis encontrado la cama hecha.

—Como lo decís. ¿Sabeis quiénes son vuestras inquilinas?

—No estoy seguro.

—¿De dónde vienen?

—De un castillo de las inmediaciones de Compiègne. Segun he comprendido—á vos no os oculto nada—son dos jóvenes recogidas por una señora anciana, muy rica, hace mucho tiempo. Las ha hecho educar como princesas, y, por desgracia, ha muerto de repente. El heredero, un sobrino, ha acudido y con sus manos limpias ha tomado posesion de la fortuna de la tia, y las ha puesto á la puerta de la calle.

—¿Cómo se llaman?—preguntó Andrés que escuchaba con ansiedad las palabras del portero.

—¡Son hermanas!—dijo el buen hombre,—las señoritas Aubin.

—¿No tienen nada?

—¡Sí! una infinidad de trajes: blancos, grises, negros. ¡Y ropa blanca!... ¡finísima! El *trousseau* es distinguido, os lo aseguro. ¡Pero ni un céntimo!

—¡Pobres muchachas!—dijo el interno.

—Eso os proporcionará buenas mañanas, señor de Fresnaye—repuso el portero.—La primavera llega y no faltarán pícaros que os alquilen vuestras ventanas por más de cincuenta céntimos por hora. Pero, á propósito, no se os vé ya.

—Estoy interno en Cochin y salgo poco. Es preciso trabajar, abuelo Gombault. Esta noche me permito un exceso por estar aquí Aubry. No entraré hasta mañana. ¿De qué sabeis lo que acabais de decirnos?...

—¿Acerca de qué?

—Acerca de esas jóvenes.

—Lo sé por Venotte.

—¿Quién es ese Venotte?

—Un inspector del Tisserand, de ese almacén de la esquina del boulevard de San Miguel.

—¿Cómo es ese Venotte?

—Es bajito, alegre, de buen aspecto. Vive en el número 17. Le he hablado algunas veces en el otro jardín, porque lo cuido yo como al nuestro. Hay una puerta de comunicacion de uno á otro. Las dos casas pertenecen á dos primos carnales. Ese Venotte parece que tiene una posesioncilla de tres al cuarto en las inmediaciones del castillo en que estaban ellas. Se encontraron en el tren. Hablaron. Ellas no sabian dónde ir, y las trajo aquí. Si viérais qué mobiliario tienen, os admiraríais. El vuestro, señor Aubry, era de lujo al lado de éste.

—Pues á mi nunca me dió por el esplendor.

—¿En qué se van á ocupar?—preguntó Andrés.

El viejo jardinero abrió una boca tan grande como la de un horno.

—¡Me preguntais demasiado! Yo no sé... Ni ellas tampoco, sin duda. Pero ya comprende-

reis que es preciso arreglarse. ¿Habeis comido en casa de Follet?

—Sí.

—¿Habeis debido verlas allí?...

—Estaban cerca de nosotros.

—Yo fui quien las indicé ese restaurant. Además, ese bergante de Venotte no habrá dejado de adoctrinarlas. No iba á abandonarlas de cualquier modo. ¡Muchachas tan guapas como ellas son de buen efecto en una tienda, sin contar lo que de esto espera sacar ese bandido!

—¿Creeis que entrarán en su almacén?

—¿Teneis rentas que darlas? ¿Dónde quereis que vayan?

—¡Es verdad!...—dijo Andrés lanzando un suspiro.

—No estarán allí peor que en otra parte.

Gombault añadió con sutileza, mirando al interno, que se habia quedado pensativo:

—Así os será más fácil encontrarlas si teneis algun proyecto, señor de Fresnaye.

El sobrino de Santiago de Brandes no contestó.

Se puso de codos sobre la mesa y no tomó ya parte en la conversacion.

Pedro Aubry recordaba los buenos tiempos de su vida de estudiante.

Andrés meditaba.

Hasta entónces no habia tenido más que algunas aventuras de esas comunes que se olvidan al dia siguiente.

Todos los ardores de su juventud eran rechazados por su nativa altivez.

Desde la primera mirada en el restaurant Follet, la dulce fisonomia de Juana habia producido en aquella alma joven una impresion extraordinaria.

En estos tiempos de materialismo, los espíritus se resisten á creer que el amor invada súbitamente un corazón, tome posesion de él y se establezca como amo.

Sin embargo, si uno se reconcentra en sí mismo y reflexiona, se encontrará con que todos

30566



los amores dignos de este nombre han tenido su nacimiento de esa manera imprevista.

Ha sido suficiente una mirada, una presión de manos, una palabra, el sonido de la voz, para hacer saltar la chispa y encender el amor verdadero, el amor durable y á veces eterno.

—¿En qué piensas?—preguntó de pronto Pedro Aubry á su amigo.

El interno se incorporó.

—Escucho—contestó.

El Turenés se rascó la barba.

—Estarás enamorado?—dijo.

—¡Oh!

—¡Ya, hijo mio! ¡Qué mágico poder tiene la mirada de esa rubia!

—Te aseguro...

—Harias mal en pensar en eso,—replicó el doctor.—Sin disputa es una joven hermosa, encantadora y capaz de trastornar á uno; ¿pero quieres que te diga su horóscopo?

—Dilo.

—Esa pobre muchacha, venida no se sabe de qué aldea, con que la provincia paga el tributo cada año al horrible Minotauro que se llama París, está cogida en un engranaje del cual no puede salir más que desgarrada, destrozada, concluida, en una palabra. Si el aburrimiento, la debilidad de su naturaleza, el desfallecimiento, demasiado escusable, y el desaliento, la lanzan en las aventuras, escucha bien esto: ó concluirá en la podredumbre física de los bajos fondos, ó porque ella es extraordinariamente hermosa, en la podredumbre moral de las altas regiones de la corrupción parisiense. Si encuentra en sí una fuerza de resistencia difícil de prever, y pide al trabajo su pan cotidiano; si entra en alguno de esos talleres ó en una de esas tiendas, pequeñas ó grandes, en donde puede encontrar un empleo, allí encontrará, en lugar del aire libre de los campos y los vivificantes olores de la hermosa naturaleza, los vapores del gas, que matan hasta á los árboles de nuestros paseos, todos los olores de-

letéreos, y el polvo suspendido en la atmósfera que se respira, y dentro de pocos años, achacosa antes de tiempo, destruida, sin salud y sin dinero, se hundirá en los carriles, adonde será arrastrada, asesinada por ese monstruo de París, duro para con los hombres y mortal para las mujeres cuando han nacido con el horror al fango, sea cualquiera su naturaleza.

—¿Y no habrá remedio para eso?

—Sí.

—¿Cual?

—El amor de un hombre honrado que la gajara su pan y la arrancara á su destino. ¡Qué! ¿la mujer ha nacido para el trabajo? ¡La mujer ha sido creada para el encanto de la vista, para el amor, para la maternidad! ¡Y nuestra mentida civilización ha hecho de ella una acémila!... Ese amor desinteresado sería su salvación... Pero es inútil pensar en él. No existe.

—Tal vez sí.

—¡Vamos! No destruyas tu porvenir en un minuto de irreflexivo entusiasmo, por una mirada de una mujer hallada en un restaurant de estudiantes, desconocida; y por cien pasos dados detrás de su falda por una acera.

Aubry se levantó.

El interno le imitó.

—Buenas noches, señor Gombault—le dijeron.

—Buenas noches, hijos míos.

El portero atrajo hacia sí á Andrés, que le daba un cordial apretón de manos, y le dijo:

—Vuestro amigo es duro, pero tiene razón. Y además es preciso ver. Usándolo es como se conoce el paño.

Y torciendo la boca, cosa que era en él una costumbre familiar, añadió bajando la voz:

—Venid á verme cuando queráis, yo os daré noticias.